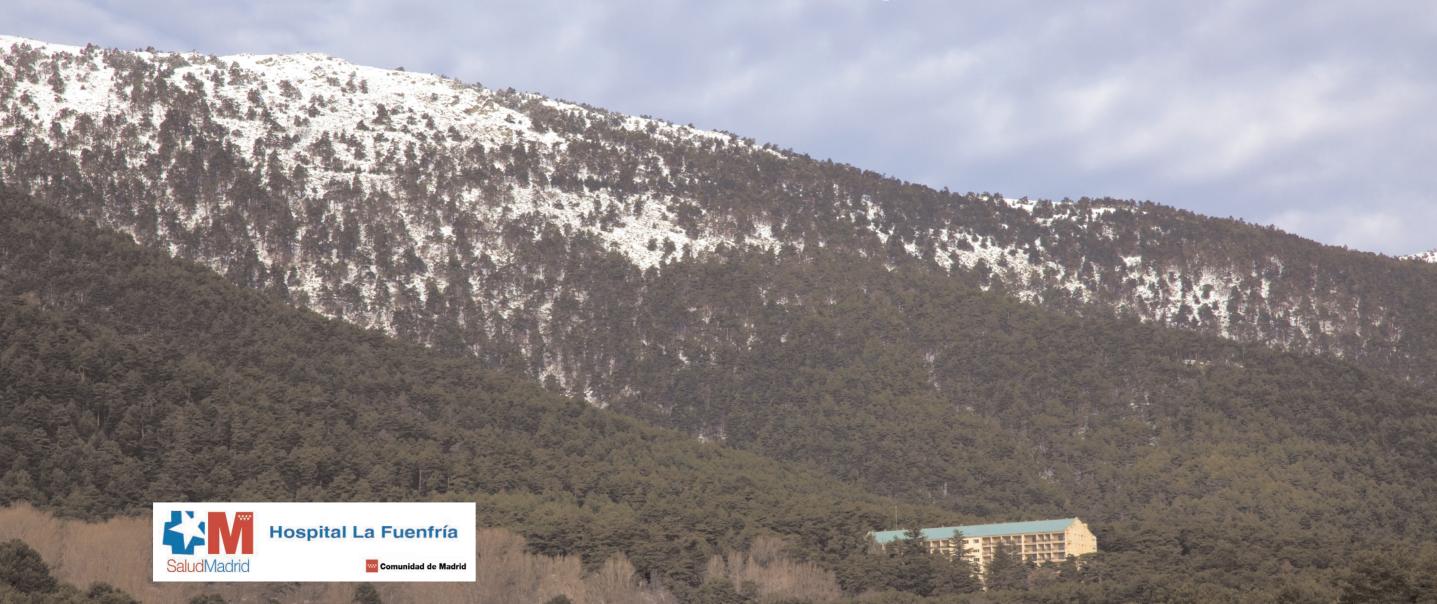
Hospital La Fuenfría



Hospital La Fuenfría

TEXTO

Jos Martín

FOTOGRAFÍA Felix Lorrio

Edita: Hospital La Fuenfría. SERMAS.

© de la presente edición: Hospital La Fuenfría.

© del texto: Jos Martín. © de las fotografías actuales del Hospital La Fuenfría: Felix Lorrio,

del resto de las imágenes: Archivo del Hospital La Fuenfría. Diseño gráfico: Felix Lorrio.

Impresión: Gráficas Almeida.

Depósito Legal:

Impreso en España.

Ayer

-Queda inaugurado este hospital.

Aplausos. La mañana se había levantado fría, soleada, espléndida. Sobre el piorno, el enebro o el brezo, el rocío del otoño tardío formaba espejuelos como de nácar y el pino silvestre, el tejo y el serbal, al contacto con la luz astral, parecían columnas de una catedral recién sahumada con la niebla del incienso.

-Queda inaugurado este hospital, dijo el rey Alfonso XIII el 1 de diciembre de 1921, y a su lado la reina Victoria Eugenia se abría el excesivo abrigo que llevaba porque su valet le había dicho, abríguese bien, Señora, que el aire del otoño serrano cura tanto como enferma.

-Magnífico hospital ha hecho, don Antonio.

Un halago merecido. Don Antonio era el arquitecto Antonio Palacios, que llenó Madrid con obras muy hermosas: El Palacio de Comunicaciones de Cibeles, realizado en una mezcla de gótico salmantino y estética de Viollet—le—Duc, padre del estilo germinal del modernismo; el Círculo de Bellas Artes, concebido a la manera de una ciudad en miniatura o un transatlántico varado que mucho tenía que ver con la secesión vienesa de Otto Wagner y los primeros rascacielos de la escuela de Chicago; el actual Instituto Cervantes, el Hospital de Jornaleros de Maudes y hasta las bocas y líneas del metro con sus templetes (hoy tristemente desaparecidos) en la Red de San Luis y la Puerta del Sol.

Pues sí, un magnífico hospital que a pesar de la sencillez de su trazo, en lo formal (o sea, en lo arquitectónico) estaba en la vanguardia nueve años antes de que Alvar Aalto concibiera su sanatorio para tuberculosos en la ciudad finlandesa de Paimio. Los ventanales corridos de su fachada principal que los arquitectos llamaron muro de cortina formaban terrazas amplias cuyo fin era continuar la habitación del enfermo y sacarlo al exterior protegido de los vientos. El recibidor, amplio, adornado, señorial, no era propio de un centro hospitalario, sino que recordaba a un hotel (tal vez el Ritz o el Palace), con grandes macetas en las que se erguían palmas exóticas. En lo hospitalario, el doctor Félix Egaña, impulsor de esta empresa, se aseguró de que estuviera a la altura de los grandes centros de recuperación europeos.

No era el primer rey (ni siquiera la primera pareja real) que había andado por el valle de la Fuenfría, o Fuenfrida, o Fuenfreda, cuyo origen etimológico está en una fuente de aguas heladas cercana al nacimiento del Arroyo de la Venta que luego se llama Río Guadarrama. En el siglo XIII, sobre una esplanada, don Gutierre Miguel ordenó levantar un albergue más tarde frecuentado por el rey Enrique III en busca de corzos, osos, jabalíes o zorros hasta que construyó su pabellón de caza en la orilla del río Eresma rodeado por los muy reales montes de Osso de Valsaín y La Acebeda. El emperador Carlos frecuentó estos parajes encerrados entre montes como el collado de Cerromalejo, Marichiva, Cerro Ventoso, Majaslana o los Siete Picos, y también lo hizo su hijo Felipe II hasta que terminaron las obras de El Bosque, su

residencia de verano, en Valsaín. Su esposa, la reina Isabel de Valois, se indispuso en el camino cuando estaba embarazada de la infanta Isabel Clara Eugenia y aquello determinó que se construyera la Casa Eraso, un emplazamiento de descanso y abrigo en lo alto del valle. Carlos II, Felipe V y otros reyes amantes de lo montano también pasearon por allí. El sonido de sus pasos y el de otros muchos quedó sellado en la calzada romana del puerto de La Fuenfría y al atardecer, si se presta atención y se cierran los ojos, aún se escucha y se ve con claridad a Pedro del Rincón, el Rinconete cervantino, contar sus picardías, o al Arcipreste de Hita recitar en el Libro del buen amor:

Torné para mi casa luego al terçero día, mas non vine por Loçoya que joyas non traía, coydé tomar el puerto que es de la Fuenfría, erré todo el camino, como quien lo non sabía.

Pasaron los siglos y allí estaba Alfonso XIII inaugurando un hospital modélico en un espacio reservado para verdecillos, escribanos, pinzones, lavanderas, cárabos, milanos y otros juguetes alados. Alfonso y Victoria Eugenia recorrieron el hospital atendiendo a las indicaciones que les daba el doctor Egaña y se reunieron en el amplio recibidor para tomar eso que se ha dado en llamar un vino español. No tardaron mucho en iniciar su regreso a Madrid. Bajo la elegante marquesina en hierro y vidrio que sobresalía vertical y airosa hasta cubrir los breves escalones de la entrada, los Reyes hicieron la última parada para que los fotógrafos pudieran tomar sus instantáneas. Desde aquel

momento, el hospital dejaba de ser una acontecimiento social para comenzar su trabajo cotidiano.

Pasaron los años y en 1936, la guerra fratricida cerró sus puertas. El canto de los pájaros, el rumor de las torrenteras, el silencio de las cumbres y el silbo del viento fue sustituido por un absurdo furor metálico de fuego y llanto. Pasaron aún más años y en 1950 el hospital de la Fuenfría resurgió acogido por el Ministerio de Trabajo para tratar a los silicóticos de las minas asturianas, a los tuberculosos y a aquellos cuyas lesiones pulmonares se mitigaran con el aire serrano confortante y los cuidados médico—quirúrgicos que allí se daban. Llegó a tener cuatrocientas veintidós camas y una fama que lo situaba entre los mejores sanatorios antituberculosos de Europa, tanto por el saludable lugar en el que se encontraba como por la atención que se prestaba a las técnicas hospitalarias.

En mayo de 1985 se integró dentro de la estructura del Insalud con el nombre oficial de Hospital La Fuenfría, dependiendo del complejo hospitalario de La Paz, para el tratamiento y cuidado de las enfermedades respiratorias crónicas. En la década de los 90, el hospital acogió una reorganización estratégica interna que mantuvo la filosofíadel cuidado integral del paciente crónico y adoptó las necesidades y cambios necesarios en aquella época para mejorar el entorno asistencial. En 1995 alcanzó su independencia administrativa. A partir del año 2000 la presidencia ejecutiva del INSALUD aprobó un proceso de reingeniería que establecía la misión asistencial de apoyo, citando